



COMISION DE PURADORA C) DE MADRID

MINISTERIO

DE

EDUCACIÓN NACIONAL

A/D.

Cargos que se formularán a LAZARO MONTERO DE LA FUENTE, Encargado de Curso del Instituto Nacional de 2ª Enseñanza de El Escorial. (Madrid), en virtud de los informes recibidos en esta Comisión y para cumplir lo dispuesto en la Orden de 10 de noviembre de 1.936, en su artículo 3º.

C A R G O S

PRIMERO.-Izquierdista furibundo, apasionado socialista, como son pruebas varios artículos de que es autor insertos en "la voz de Peñaranda"

SEGUNDO.-En la zona roja gozaba de la confianza del Gobierno de Azaña.

TERCERO.-Haber ostentado varios cargos, últimamente el de Comisario político

Esta Comisión le hace saber que en el improrrogable plazo de diez días a partir de la fecha de su aouse de recibo, deberá V. formalizar por escrito los descargos y aportar la documentación que estime conveniente a su defensa, debiendo remitirla al Vicepresidente de la Comisión C) de Madrid (Oficina Técnica de Depuración de este Ministerio) a los efectos oportunos

Madrid 5 de mayo de 1.941

EL VICEPRESIDENTE

Joaquín del Álamo

COMISION DE PURADORA C) DE MADRID



EDICIÓNS DO CASTRO

Sada - A Coruña

Cuberta: L. F.

ISBN: 84-7492-470-7

Depósito Legal: C - 244 - 1990

Galaxia do Castro/Mazz

O Castro, Sada, A Coruña, 1990

MEMORIAS DE UN
DON NADIE...



pero en tal canchada que doña Pepina, viéndonos a todos un tanto «alegres», decidió barrojar al aljibe lo que queríamos. Al día siguiente todos encontramos un extraño sabor en el agua. El baile duró casi hasta la madrugada, lo que, verdaderamente, estaba prohibido. Cuando la policía se presentó a suspenderlo, se encontró allí con parte de las autoridades de la ciudad. Ya no volvimos a tener otra fiesta hasta celebrar mi triunfo en las oposiciones, por los primeros días de febrero de 1943.

Sin el certificado de adhesión y sin mi depuración estaba desesperado, temiendo perder otras oposiciones. Me fui al Ministerio, estuve con el negociado correspondiente y de mi expediente no había ni rastro. Ni la instancia, ni los pliegos, ni los avales. Nada. Salí de allí desesperado. Me decía: «Siempre he pensado que aquí hacía falta una buena escuela; pero me parece que lo que se necesita es algo más fuerte». Dios me perdone tal disparate. Volví a Toledo totalmente deprimido. Y he aquí, que la noche de unos días, aparece mi depuración en el Boletín Oficial con una simple sanción para cargos de confianza, que no me impediría oposar. Mi expediente no aparecía porque estaba ya en la mesa del ministro para su firma. Había, pues, que intensificar la preparación. Yo, en realidad, tenía ya una larga formación con muchas lecturas y fichas. Lo que me hacía falta era ordenarla, articularla y rellenar las posibles deficiencias. Llegaron las vacaciones de verano y me encené en casa de mis padres. En Virigudino, decían las vecinas, que mi luz era la última que se apagaba en el pueblo. En el sillón de despacho de mi padre dejaba huella indeleble. La aparición de la literatura de Vdbuena fue para mí un alivio, pues me evitaba la lectura del «Juanito» Ángel Valbuena, como Camón Aznar, habían sufrido una evolución religiosa. Yo a Ángel Valbuena, casi no le conocí. Pero, a pesar de su «Antología de Poesía Sacra Española» y otros escritos no creo que llegara a tener un profundo sentimiento religioso. Camón sí. En realidad, a pesar de su militancia republicana y haberse presentado a diputado por Salamanca con el partido de Martínez Barrios, nunca le falló su sentido religioso. De ahí su amistad con el canónigo Artero, a pesar de sus polémicas periodísticas. Una de sus primeras obras dramáticas fue sobre el milagro del Pozo Amarillo, un milagro de San Juan de Sahagún, que vivió en Salamanca y trató de sosiega la vida de los dos bandos de la ciudad. Su «Cristo en San Pablo» es clara expresión de su hondura religiosa. A Camón le traté mucho. No sólo fue profesor mío en Salamanca, sino que estuvo siempre preocupado de mí porvenir. Cuando aprobé los cursillos me llevó a comer en Santander; cuando gané mis oposiciones quería que eligiese Calatayud para no perder el contacto con Madrid, ya que había buenas comunicaciones.

Yo pensé siempre que, por mala y pequeña que sea, siempre es mejor una capital de provincia, con Audiencia y Gobernador. Dámaso Alonso me dijo un día que Camón pertenecía al Opus, que, por lo menos, con los votos del Opus había salido decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central. Es posible. Creo que podía congeniar con Alvareda; pero me resisto a creer que hubiese congeniado con Monseñor Escribá. Su evolución política tuvo también su explicación. Camón era un hombre muy sensible, aunque su compañero e íntimo amigo y paisano Ramos Loscarteles solía embromarle diciéndole que no la convenía de que un aragonés pudiese sentir así el arte y la poesía. Le hubiera gustado mucho estrenar en el teatro; pero «El Héroe» se quedó finalista y «La sirena varada» de Alejandro Casona se llevó el primer premio y el estreno en el «Español». Él hubiera querido verme catedrático de Universidad; pero yo había pasado ya bastantes dificultades para aventurarme a la trínca de costumbre. Tampoco conseguí el título de doctor. Y eso sí que fue por tonto. Tenía un extenso trabajo sobre «Don Juan en el 98». Mi íntimo amigo y compañero de estudios Francisco Yndurain hacía oposiciones a cátedras de Universidad y obtuvo una. Conoció mi trabajo, lo leyó y me dijo:

—Aquí tienes hecha la tesis doctoral. Vete a ver a Dámaso y se lo dices, que te la defienda.

Efectivamente hablé con Dámaso, leyó mi trabajo y me dijo:

—Complétalo y yo te lo defiendo. Le dices a Bullón —Dámaso sabía que el decano Bullón era cooperante mío— que te nombre un tribunal, me das una cuartilla y la defiendo. Pero tú eres joven, estás en Toledo y allí debías buscar documentación sobre Moteto para hacer una tesis seria, a la alemana...

Le hice caso. Busqué datos de Moreto, hallé muy pocos, salió mi depuración, me fui a Lugo con la Cátedra de Instituto ganada y harto de complicaciones... Ni doctorado ni cátedra de Universidad. Resumé mi trabajo sobre don Juan y el 98 y lo publiqué en la revista «Escorial». Joaquín Pérez Villanueva me había dado una carta de presentación para los del grupo «Escorial»: Ridruejo, Laín, Rosales... Mi marcha a Lugo y, sobre todo este individualismo mío, no me permitieron frecuentar como era deseo de Villanueva, aquel estupendo grupo de quienes entendían que el deber de Falange era aglutinar a todos los españoles y no de aumentar sus desidencias. En las páginas de «Escorial» empezaron a aparecer nombres que hasta entonces habían sido vetados. Yo seguí colaborando en la revista. Y cuando sacaron un periódico «Vida Española» —me parece que ese fue el título— requirieron, también, mi colabora-

ción. Le envié un artículo para el tercer número que ya no llegó a salir, sin duda porque en las altas esferas lo encontraron demasiado abierto, muy liberal. Bien me estaba yo en mi cátedra de Lugo. A Paco Ynduráin le habían denunciado por haber pertenecido a la FUE y no perdió la cátedra porque tres salmantinos de pro, Maldonado, García Blanco y César Real de la Riva se batieron por él frente a Entrambasaguas y González Palanca, a quien don Eloy Bullón llamaba «inquisidor general». Estaba completamente seguro de que el amigo V. C., en cuanto viera mi nombre entre los firmantes de la oposición, insistiría con sus denuncias. En Institutos, tal vez porque él había conseguido cátedra en la oposición anterior y yo ya no le estorbaba, porque se le pasara desapercibido o porque tropezó con un tribunal de gentes honradas, inasequibles a las maleficencias y a las insinuaciones ministeriales, me había perdonado la vida. No así a Luis Fradejas, coopositor con él en el 41, que, por denuncias de V. C. y otro opositor, fue obligado a retirarse yendo el número uno hasta entonces, no por reprobación del tribunal, sino por imposición del Ministerio.

Las cátedras de Instituto eran, en aquellos tiempos, bastante difíciles de conseguir. Había muchos ejercicios. Y, con frecuencia, tribunales maleables, pendientes de indicaciones. Particularmente en Geografía e Historia, disciplina de la que era catedrático en el Instituto «San Isidro» el ministro Ibáñez Martín, era proverbial —al menos así se aseguraba— que el tribunal, mediada la oposición, presentase al ministro la lista de los opositores más destacados, con la cátedra ya casi asegurada. Yo siempre he creído que Ibáñez Martín era hombre abierto y amigo de sus amigos, cualquiera que fuera su filiación política; pero, también, fácil de manejar por sus colaboradores y allegados, que eran, seguramente, quienes hicieron caerse de la lista algunos opositores ya, prácticamente aprobados. En mi tribunal no pasó nada de eso. Sus componentes eran hombres íntegros, cualquiera que fuera su manera de pensar. El presidente fue don Armando Cotarelo Valledor; don Luís Morales Oliver representaba a los catedráticos de Universidad; Luelmo Alonso, Emilio Orozco —luego catedrático de la Universidad de Granada— y Félix Ros, representaban a los catedráticos de Instituto. De ellos, sólo conocía a Orozco, amigo y compañero de los cursillos del 33 en Santander. Me bastaba para que el tribunal se fijase en mí, que es lo único que el opositor puede pretender. A mi favor hablaban, también mi trabajo publicado en la revista de Filología Española sobre el teatro en Toledo durante el siglo XVIII y otros que Orozco, al menos, relacionado con el grupo «Escorial», seguramente a través de su paisano Rosales, había visto en la redacción

de la revista. Creo que no dejé mal a mi valedor, por lo menos mi amigo del tribunal. Pude alzarme con el número uno, pero yo mismo lo eché a rodar en uno de los ejercicios más fáciles, la lección sobre temas del cuestionario que estaban obligados a presentar los opositores. Tomando como ejemplo el programa de Menéndez Pelayo, hice un extensísimo cuestionario y claro tuve que elegir forzosamente, como tema mejor entre los tres que saqué en suerte, la literatura india. Yo era la primera vez que opositaba. Otros opositores, con más experiencia o mejor aconsejados, habían presentado unos programas monísimos, con temas bien pensados para su lucimiento. El tribunal, que llevaba nota de todo, en la comida que era costumbre ofrecerle por los opositores con plaza, me comentó que se habían fijado en mi mala suerte en los sorteos, que tuve que ir a tema forzado pues los otros dos temas eran malísimos. Saqué el número tres y yo tan contento, porque eso no me impedía elegir Lugo ya que Celia Viñas Olivella elegiría Almería, donde en seguida destacaría como profesora, poetisa y promotora del grupo indaliano y Rafael Ferreras, Teruel. Yo no conocía Lugo, sino por las referencias de un pariente mío que era el jefe de la policía armada en aquella ciudad. Todo el mundo me hablaba mal de la ciudad, menos ese pariente. Además, para mí, tenía la ventaja de que estaba bastante bien comunicada, aunque lejos, con Salamanca. Las otras tres plazas eran Huesca, Calatayud y Cartagena, que quedó para el número seis porque su instituto apenas tenía alumnos y había, en aquellos tiempos, que comprar hasta el agua, pues la de la traída no se podía beber.

XVII

El día 15 de febrero de 1943 tomaba posesión en Lugo de mi cátedra. Lugo contaba con dos Institutos, el uno masculino y el otro femenino, pues estaba en su auge la separación de sexos. Mi cátedra era en el Instituto masculino. Delio Mandaña era su director y siempre lamentaba la separación en dos del Instituto mixto, pues, aun siendo mixto se respetaba la separación de sexos, con los alumnos por la mañana y las alumnas por la tarde. Atribuía la creación del femenino a Filgueira Valverde en su deseo de ser su director. Y luego resultó que Filgueira se marchó al Instituto de Pontevedra, que seguía siendo uno, aunque debidamente separados chicos y chicas. Después, crearían también en Pontevedra un Instituto femenino. Sólo en Vigo, por una concesión que nadie entendía, el Instituto «Santa Irene», seguía siendo mixto con alumnos y alumnas en las clases y unos tres danzantes los sábados a los que asistían alumnos y alumnas bajo la supervisión y la autoridad de catedráticos que iban al guateque con sus respectivas esposas. Eso encantaría a mis alumnos de Lugo en una excursión que hicimos a Vigo y trataron ellos de organizar algo parecido. No lo consintieron los profesotes de Religión y alumnos y alumnas seguían reuniéndose en el Círculo de las Artes y en los jardines del Parque. Bien, cuando yo llegué ninguno de los dos institutos tenían local propio. Compartíamos un ala de la Diputación Provincial, los alumnos por las mañanas y por las tardes las chicas. Por las noches, la Escuela Normal del Magisterio. Luego se instaló el Femenino en un viejo caserón de la calle Conde de Pallares y, por fin, visto y ganado un pleito que se había iniciado con la República, siendo ministro de Instrucción Pública Villalobos, se pudo disponer de los solares expropiados y en ellos se han construido los dos Institutos, las dos Escuelas Normales del Magisterio y una Escuela de Comercio, contando con un espacio más que suficiente para campos de recreo. Hoy Lugo tiene dos Institutos más. Pero en que yo fuera, por fin, a Lugo, hubo, también, algo providencial.

Terminada la oposición nos convocaron una mañana para elección de plazas. Reunidos previamente nosotros, los seis opositores aprobados, porque eran seis las plazas anunciadas, nos pusimos en seguida de acuerdo. Celia Viñas, iba a Almería; Ferreres, a Teruel; yo, a Lugo; Blanca González Escandón, a Huesca; Manolita Pita Andrade, a Calatayud e Hilario Sainz Pardo tenía que conformarse con Cartagena. Pasaban las horas y el tribunal no acababa de reunirse. Faltaba el presidente. Llegó por fin don Armando Cotarelo y se disculpó con todos nosotros: había ido al ministerio porque, como habríamos visto, en el Boletín oficial sacaban a concurso el Instituto de Cartagena. El hombre creía que alguno de nosotros podíamos estar interesado por aquella plaza y fue a reclamar al ministro. Nos miramos todos asombrados. Cuando don Armando se enteró de que a Cartagena iba el último, porque a nadie nos apetecía, abrió mucho los ojos tras sus gafas de miope y nos dijo:

—Vaya, hombre. ¡Con el trabajo que a mí me ha costado conseguir que retirasen Cartagena de la nueva convocatoria! ¡Llegaron a ofrecerse a cambio Bilbao, Oviedo o el femenino de La Coruña!

Es claro que si, en aquellas circunstancias, llega don Armando con alguna de esas plazas a cambio de Cartagena, yo la hubiera elegido en lugar de Lugo, ya que los dos compañeros anteriores tenían interés por Almería y Teruel por estar próximas a su residencia habitual. Mas no quedó ahí la cosa. Mientras esperábamos recoger nuestros títulos administrativos, en «Información Universitaria», la revista de Miguel Castro, jefe del negociado de Institutos que, para asegurarse lectores, adelantaba las órdenes que iban a publicarse en el Boletín Oficial, aparecía de nuevo el Instituto Masculino de Lugo convocado no sé bien si a concurso o a oposición. Asustado, temeroso de alguna jugareta, fui al Ministerio y entré en el negociado de Institutos. Me recibió el segundo de a bordo, Antonino Blázquez. Antonino era de suyo un hombre amable y servicial; pero, además, era paisano mío, salmantino. En cuanto le expuse lo ocurrido entró en el despacho de Castro, y yo oí, perfectamente, las órdenes del jefe:

—Llama inmediatamente al Boletín Oficial. Que no publique el orden porque hay que rectificarla.

Salió Antonino y yo, viendo lo que ocurría y sabiendo que había plazas mejores para mí, puesto que se las había ofrecido a mi presidente Cotarelo, me atreví a proponer:

—No, por mí no hay por qué rectificar la orden. Me han dicho que están vacantes Oviedo, Bilbao y el femenino de La Coruña. Cualquiera de ellas me interesa más que Lugo, particularmente Oviedo, en cuya

Universidad está de cuadrado un íntimo amigo mío, Francisco Ynduráin.

— Si no puede ser, lázaro. Tengo ya a qui firmados vuestros nombramientos por el Ministerio.

Estaba, pues dispuesto que tenía que ir a Lugo. Y a Lugo me fui pues, por emonces, al menos para la mayoría de nosotros, no cabían subterfugios, buscarse una agregación en Madrid o en el lugar más apropiado. No hay duda que se daban estos casos, pero eran verdaderamente excepcionales.

. . .

De Lugo tenía yo distintos informes. Mi tío Cristino, por ejemplo, — el tío con el que viví durante nuestra guerra — ageme comercia, conocía Lugo y me le presentaba como un poblacho viejo, desarmado, aburrido, sin vida. Decía que era mejor Ciudad Rodrigo, lo que ni era ni es cierto. Mi parente, el jefe de la Policía Armada de la ciudad, me hablaba de Lugo como una amable ciudad donde se vivía francamente bien, iba, pues, sin saber a qué carta quedarme, más lusionado oo sólo por haber resueho mi vida, sino por ir a Galicia, una parte de España — con permiso de los galleguistas recalcitrantes — que tenía muchas ganas de conocer. Cuando elegí Lugo, Orozco se puso muy contentos.

— Te viene bien liberarte un poco de la sequedad de la meseta.

El viaje era fatigoso. Sin embargo, no me lo parecía. Hoy difícilmente se concibe que de Vitigudino a Salamanca, sesenta y seis kilómetros en total, se tardase cinco o seis horas en el autobús. Ir de Salamanca a Madrid era como salir de mundo. Jamás hubieram concebido don Jerónimo Rubio y Albiñana, en cascados a sus treinta y tantos años, que yo, a mis treinta y siete, condujera mi coche por las ajetreadas calles de Madrid y, ahora ya de todas las ciudades y hasta me haga algún viaje largo. A mí, más que poseerme los años, lo que me abruma es el cambio que la vida ha pegado en unos años. Porque yo he viajado en coche de caballos, el que iba de Vitigudino a Bogajo y del que mi tío Juan Víctor cantaba

Vitigudino no es pueblo,
no es pueblo que es población,
que ya tenemos un coche,
que nos lleva a la estación.